

LA SERPIENTE ENROSCADA. LOS HURACANES (1ª parte)

Colon tomó este nombre de los indios ribereños del mar Caribe, aplicándose a los vientos tropicales de violencia catastrófica. De Huracán, («corazón del Cielo») dios maya de las tormentas, deriva la voz "huracán", adoptada por los navegantes españoles y portugueses, "hurricane" por los anglosajones u "ouragan" por los franceses; El término ciclón deriva del griego *kiklon*, que significa **serpiente enroscada**. Por el hecho de nacer entre los dos trópicos, en conjunto se les ha llamado "ciclones tropicales" y es uno de los mayores peligros climáticos para los habitantes de los trópicos; es una tormenta giratoria de unos 800 km. de diámetro, con un característico «ojo» libre de turbulencias en su centro, de 16 a 40 km. de diámetro, alrededor del cual soplan vientos violentísimos.

Cada año se forman sobre los océanos de 80 a 100 de estas tormentas, que provocan daños por valor de 10.000 millones de dólares y ocasionan por término medio unas 20.000 muertes.

Un ciclón tropical aparentemente es lo mismo que una borrasca de las que ya conocemos, es decir, un área de bajas presiones, a cuyo alrededor circulan los vientos en el llamado sentido ciclónico. Pero se diferencian de ellas en varias cosas:

- Siempre aparecen, como su nombre indica, en latitudes muy bajas, muy cercanas a la zona ecuatorial; nunca en las latitudes medias, a las que si llegan, lo hacen ya debilitados y en forma de una borrasca vulgar aunque sin frentes; ya que todo el aire que las forma y las rodea es aire caliente.

- Su diámetro es, por término medio, de unos 500 km., el de las borascas es del orden de los 2.000.

- Carece de frentes. Su estructura es la de una espiral nubosa, que da vueltas alrededor de una pequeña área en la que el viento está en calma, el cielo despejado y tiene como ya he comentado un diámetro de unos 16 a 40 km.: es el "ojo del ciclón"

- Los fenómenos son muchísimo más violentos en los ciclones que en las borascas. Las nubes -cumulonimbos y nimbostratos- casi siempre alcanzan con sus cimas los 15.000 m. de altitud; las lluvias son torrenciales; los vientos, huracanados, son del orden de los 150 km/h y a veces, pasan de los 300. En las borascas corrientes son raras las veces que llegan a los 100 km/h.

El movimiento y desarrollo de los ciclones tropicales se vigila atentamente por medio de satélites, radar y boyas meteorológicas, e incluso algunos pilotos se han atrevido a penetrar con sus aviones en el ojo del huracán, atravesando las nubes turbulentas que lo cubren, para medir la velocidad del viento y la presión del aire. Pero aun con esta detallada información procesada por avanzados ordenadores, resulta terriblemente difícil predecir el curso de un huracán.

En los Estados Unidos, el error medio en las predicciones del punto por donde el ojo

del huracán cruzará la costa es de 190 km. en las predicciones de veinticuatro horas, y de 400 km. en predicciones de cuarenta y ocho horas.

Es importante corregir estos fallos, ya que si se dan avisos de evacuación incorrectos, la gente tenderá a no prestar atención la próxima vez que reciban un aviso. Por ejemplo, en agosto de 1979 se evacuó a 50.000 residentes de Miami Beach en previsión de la llegada del huracán David, pero éste pasó por West Palm Beach, 80 km al este. En Agosto de 1980, bajo la amenaza del huracán Allen, cientos de miles de personas huyeron de la costa de Texas, ante la predicción de vientos de 322 km/h; pero el huracán atravesó la costa sur, más despoblada, y los vientos no pasaron de 117 km/h. Naturalmente, las previsiones a corto plazo -12 horas, por ejemplo- resultan más exactas, pero por lo general se necesita mucho más tiempo para evacuar una zona de peligro.

Tal vez lo mejor que podrían hacer los habitantes de las costas sería seguir el ejemplo de los indios seminolas de Florida, y observar el comportamiento de las aves, las ratas e incluso caimanes, para saber si va a pasar un huracán. En 1944, Florida se vio amenazada por dos huracanes. Al acercarse el primero, la tribu abandonó la zona, aunque la Oficina Meteorológica Federal predecía que no pasaría por Florida. La segunda vez, los seminolas no se movieron, mientras que la Oficina Federal dio alarma de evacuación. Los indios acertaron en las dos ocasiones.

La mayoría de los huracanes tienen presiones centrales muy bajas; el huracán Gilbert, que se formó en el golfo de México y devastó Jamaica en septiembre de 1988, alcanzó un récord de baja presión: 885 mb; en consecuencia, generó vientos de 274 km/h, con ráfagas que superaron los 330 km/h.



El huracán Diana (10-10-1980), observado con radar desde Miami (Florida).

Además, la baja presión atmosférica hace que se eleve el agua del mar, formándose así un enorme cúpula de agua que puede alcanzar los 80 km de anchura y barre la costa en el punto de contacto con el ojo del huracán. Cuando esta cresta de agua llega a la línea de la costa, las olas pueden elevarse más de 4 m. por encima del nivel medio del agua, causando enormes destrozos. En Galveston, Texas, después de que un huracán provocara 6.000 muertes en Septiembre de 1900, se construyeron más de 2.000 edificios sobre pilares de 2 m. de altura para reducir su vulnerabilidad al oleaje provocado por los huracanes. Pero estas medidas preventivas exigen enormes cantidades de dinero y recursos; los países pobres, como Bangla Desh, amenazado por ciclones que penetran en el golfo de Bengala, tienen muy pocas posibilidades y mucha densidad de población. En noviembre de 1970, un ciclón tropical provocó olas de 6 m. de altura que ahogaron a 500.000 personas.

